

La base de la identidad la provee *el cuerpo*. Se constituye territorio propio a la vez que se suceden intercambios afectivos con los seres queridos, las personas significativas. Todos tenemos una imagen mental de nuestro propio cuerpo y ésta va cambiando paulatinamente a partir de las experiencias vitales, a lo largo del desarrollo en el que se entretajan el crecimiento físico y emocional. El cuerpo constituye también un marco que delimita nuestra identidad, perfila lo propio, reconoce lo ajeno. Durante los años de la violencia, mujeres, hombres, niños han sufrido ataques y daños a su identidad personal en su cuerpo. El dolor que un ser humano experimenta cuando su cuerpo es injuriado no es sólo físico, siempre es también psíquico, emocional.

Quienes hoy sufren secuelas físicas de actos violentos llevan en su cuerpo las huellas visibles del horror. Rostros desfigurados al impacto de una bala, de la onda expansiva de una bomba, o de los métodos sofisticados de tortura; partes del cuerpo mutiladas o paralizadas, generándoles discapacidad, entre otras cosas. Son marcas que modifican la autoimagen corporal, que cuestionan o disminuyen la autoestima, especialmente porque en la mayoría de casos afectan la capacidad de desenvolvimiento autónomo, de trabajo. Cuando un cuerpo es así dañado los sentimientos de vulnerabilidad y pérdida afectan a toda la identidad de una persona. Las personas que nos dieron su testimonio narran con indignación lo humilladas que se sintieron cuando fueron obligadas a desnudarse o al ser despojadas violentamente de su ropa. Se sintieron muy avergonzadas, indefensas, expuestas a miradas de burla, de desprecio o de intrusión sexual. La desnudez obligada del cuerpo es vivida como preludio del despojo de las defensas, de la protección.¹⁶⁰ «Imagínese que te saquen así a media noche desnudo [...] Y los policías que se reían de vémosla, de vernos desnudos, así se reían. O sea algo humillante fue».¹⁶¹ «No sé ni cómo describir toda esa sensación que uno pasa, sólo les decía que me alcancen mi ropa y que quería ir a un sitio a cambiarme, y ellos me decían que no podía moverme, que tenía que hacerlo ahí, me sentí muy humillada».¹⁶²

1. 3.1.1. La violencia sexual

La violencia sexual, especialmente la violación, es de por sí un trauma pues rebasa la capacidad de respuesta de quien la sufre. Durante los años del proceso de violencia ella fue utilizada como medio para someter o dominar a las personas. Las mujeres fueron las principales víctimas de este tipo de abusos, sin embargo, no las únicas. También algunos hombres detenidos fueron objeto de violencia y de violación sexual. La violación sexual deja, en quien la sufre, huellas dolorosas en su

¹⁶⁰ Véase el capítulo La tortura y los tratos crueles, inhumanos y degradantes en el tomo VI.

¹⁶¹ CVR. BDI-SM-P23, BDI-II-P767. Testimonio 100444 Lima, setiembre del 2002. el declarante fue encarcelado en Piura.

¹⁶² CVR. BDI-SM-P20 Testimonio 100188. Lima, octubre del 2002. La declarante narra las torturas que sufrió en el momento de su detención en Huacho, Lima

autoimagen y daña su autoestima personal. Afecta la sexualidad de las personas, como también su capacidad de relacionarse con otros y con el mundo al que entonces sienten amenazante. Muchos fenómenos psicológicos concurren en la defensa de la integridad emocional de quien sufre una violación sexual. Algunas de ellas comprometen la cohesión del «sí mismo», dividen la unidad psicológica de la persona. Así, son frecuentes vivencias de «dejar de sentir el cuerpo» o «verlo como ajeno», «desconectarse» o pensar «no me está pasando esto a mí», o «esto es sólo una pesadilla». Después de haber sufrido violación sexual, generalmente la capacidad de intercambio afectivo se altera y se instala gran temor y desconfianza en los nuevos vínculos. La soldadura, que produce una violación sexual, entre sexualidad y tortura, daño, es difícil de superar; la vida sexual y la capacidad de intimidad toda quedan seriamente dañadas.

La Comisión de la Verdad y Reconciliación ha recogido testimonios de innumerables víctimas de violencia sexual; sin embargo, estamos persuadidos de que las víctimas de este atropello son muchas más de las que conocemos. Por la humillación y la vergüenza que acompañan estas heridas, por la enorme necesidad defensiva de negar y desconocer tales hechos, las víctimas callan el abuso o prefieren decir que se trata de «violencia sexual», sin precisar que sufrieron «violación sexual»¹⁶³. Refiriéndose a lo vivido en varias comunidades de Ayacucho, Theidon afirma: «Si hay un tema capaz de producir la mudez, es la violación. Las mujeres tienen muchas razones para ocultar que han sido violadas y, con la justicia siendo un horizonte muy distante, pocos motivos para hablar de una experiencia estigmatizante, avergonzante»^{164 y 165}

La mayoría de los abusos sexuales son imputados a miembros de las Fuerzas Armadas, especialmente sobre aquellas personas que detenían, formando parte de las torturas infligidas. De modo que una persona violentada sexualmente había sido o sería además torturada. Los relatos son dramáticos, tanto como las huellas en la identidad personal que dejaron.¹⁶⁶

Porque los soldados veían a ellos y en la noche se mandaban los soldados, todititos. Yo ya vivía verdad una desgracia [...] y toda mi vida me voy a recordar eso, porque me hicieron una cosa que nunca pensaba pasarlo [...] me tenían calatita así, sin ropa sin nada, así con, amarrada [...] después de violarme me pegaban. Después de pegarme me alzaban para que me traigan ya acá [...] me votaban ahí, jugaban conmigo como hacían de cuenta que fuera un juguete.¹⁶⁷

Con los años, el miedo, la rabia intensa y la profunda humillación se hicieron indignación, dolor y reclamo de justicia. Para algunas de las víctimas, sin embargo, estos hechos se mantienen en la penumbra de lo vivido que sólo quiere ser olvidado. En el momento de narrar estos hechos,

¹⁶³ Véase, en el tomo VI, el capítulo La violencia sexual contra la mujer, en lo que se refiere al Estado como perpetrador..

¹⁶⁴ Theidon, Kimberly, «Reconciliando el Pasado, Construyendo el presente: Violencia y Salud Mental en Ayacucho», Programa Siembra y Democracia, Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Mayo 2003.

¹⁶⁵ Véase, en el tomo VI, el capítulo La violencia sexual contra la mujer, en lo que se al Lenguaje de las Víctimas..

¹⁶⁶ Véase, en el tomo VI, el capítulo La violencia sexual contra la mujer, en lo que se refiere a Al Análisis de la situación peruana.

¹⁶⁷ CVR BDI-SM-P103, BDI-II-P801 Testimonio 435131 Huánuco, octubre del 2002. Testimonio que narra detención y

las víctimas mostraron su enorme dolor y su vergüenza, muchas de ellas no pudieron hablar de ello antes, ni para compartir su humillación, ni para denunciarla. En más de un caso, al narrar lo vivido el lenguaje del cuerpo a través de temblores, sudoración, llanto profuso, tensión extrema, daba cuenta del trauma. Ante la impotencia y la ausencia de sentido de lo vivido muchas veces recurrieron defensivamente a pensamientos de autoinculpación, a preguntarse «qué habré hecho yo para que esto me pase». A esto se suma el peso de la estigmatización social de la víctima de violencia sexual. Muchas personas decidieron callar por vergüenza, temiendo no ser comprendidas por sus familiares y amigos, especialmente por sus padres y su pareja. Algunas de ellas confirmaron sus temores tras haberlo comunicado.

Acá le conocí [...] pensando que voy a encontrar una felicidad, que voy encontrar, voy a vivir con el hombre bien, y el hombre me maltrataba, me golpeaba, me decía "tú eres una presa, carcelera, tú has estado carcelera, violado de los policías", me gritaba [llanto] [...] hasta hoy día me maltrata ese hombre.¹⁶⁸

En algunos casos las mujeres violadas quedaron embarazadas, añadiendo desconcierto y desesperación a su dolor. En esas circunstancias el deseo de morir aparece con fuerza y acompañado de vergüenza.

Me sentí suicidar, me sentí deshacerme todo, matarme, porque tenía una vergüenza grande. Yo pensé que la gente me criticaba porque [...] habrán pensado que [...] yo me andaba como quiera con el hombre o me embaracé de buena voluntad [...]. Y ahora me dicen mi suegra [...] "debes ir a buscar a su padre, vivirá pues su padre [...] quién te va creer que tu has sido violada [...]. Una sola vez no más que te ha violado gente, como vas a tener hijo" me dijo.¹⁶⁹

Si el embarazo prosigue pese a sus deseos de interrumpirlo, la maternidad a la que da lugar estará atravesada de serios conflictos y sentimientos ambivalentes frente a su hijo o hija con la primacía de rechazo y desconocimiento que originan actitudes de descuido, abandono y desprotección de los niños. «[...] siempre venían así abusaban de las personas. Y por las noches nos torturaban, paleaban. [...] a veces me siento mal, a veces a mi hija la mayor, siento como si no la quisiera [...] «Dios mío, yo no puedo odiar a mi hija».¹⁷⁰ Y «han agarrado a la fuerza a las mujeres, principalmente a las solteras, ahora hay varias madres solteras, hijos de los militares hay algo de 10 muchachos.»¹⁷¹

violencia sexual sufrida en Monzón, Huamalties, Huánuco.

¹⁶⁸ CVR BDI-SM-P153, BDI-II-P630 Testimonio 100336 Lima, diciembre del 2002. La declarante relata sus años en las cárceles de Puno y Lima.

¹⁶⁹ CVR. BDI-SM-P45, BDI-II-P612. Testimonio 400108 Huánuco, octubre del 2002. Mujer narra el asesinato de su esposo en Cachicoto, Monzón, Huamalties, Huánuco

¹⁷⁰ CVR. BDI-SM-P349, BDI-II-P959. Testimonio 485016 Huánuco, noviembre del 2002. La declarante fue detenida y torturada en Aguaytia, Padre Abad, Ucayali..

¹⁷¹ CVR. BDI-I-P28. Notas de campo de entrevista informal a ex autoridad testigo de la masacre de Lloqllapampa.